

—¡Para ellas nunca es tarde! exclamó alegremente Uchtitcheff.

VIII

Tres días después de los sucesos del círculo, Tomás se encontraba á siete leguas de la ciudad, en los talleres que servían para la explotación forestal del mercader Ivantzeff, en compañía del hijo de este último, de Uchtitcheff, un señor muy serio, con patillas, de cabeza calva y nariz roja, y cuatro mujeres...

El joven Ivantzeff llevaba lentes, era pálido, delgado y cuando estaba de pie sus pantorrillas temblaban continuamente como si hubiesen sido indignas de soportar este cuerpo débil, vestido con una hopalanda á grandes cuadros, con un capuchón, entre los dobleces del cual se movía, lamentable, una cabecita cubierta con una gorra de jockey. El señor de las patillas le llamaba Juan y pronunciaba este nombre como si hubiese estado atacado de catarro crónico. La compañera de Juan era una mujer alta y vigorosa. Su cabeza achatada de ambos lados, su frente baja y erguida, su nariz larga y puntiaguda le daban un parecido á un pájaro. Aquel rostro feo estaba impasible: sólo los ojos, pequeños y redondos, sonreían siempre, llenos de malicia y perspicacia. La de Uchtitcheff se llamaba Vera. Era una persona lista, pálida, con cabellos rojos; y de tal modo abundantes, que parecía llevar un casco que le llegase á las mejillas y al cuello, enmascarando su frente espaciosa que esclarecían dos ojos azules inmensos, tranquilos é indolentes.

El señor de las patillas estaba sentado al lado de una joven, muy fresca, que no cesaba de reír de las frases que aquel le deslizaba al oído.

En cuanto á la amiga de Tomás, era una morena esbelta, vestida de negro. Su color era mate, los cabellos ondulados y se mantenía muy derecha, la cabeza erguida, de mirada altiva, llena de condescendencia para todos los que la rodeaban. Se vería enseguida que ella se consideraba como la persona más importante de la reunión.

Todos se habían instalado sobre una balsa, último anillo de una cadena larguísima que marchaba en el sentido de la corriente. Sobre la balsa se habían colocado varias tablas y en el centro del islote flotante se veía una mesa, al rededor de la cual se agrupaban botellas vacías, canastos de provisiones, pedazos de papel, cáscaras de naranja... En un rincón, sobre un montón de tierra, había una lumbre y un campesino, en cuclillas delante del fuego, se calentaba las manos, echando de cuando en cuando una mirada sobre los amos reunidos en torno de la mesa. Esta estaba llena de frutas y de vinos; pero los comensales, cansados de una fiesta que duraba dos días y de una comida copiosa que acababan de concluir, parecían indispuestos. Todos contemplaban el río y la conversación languidecía, cortada por grandes silencios.

Hacia un día de primavera, claro y vivificante; un cielo puro y frío, se extendía majestuosamente encima de la inmensa sábana de agua turbia, inmóvil como el cielo y vasta como el mar, que el río había extendido profusamente sobre las praderas féculas. A lo lejos, las frondosas montañas se esfumaban dulcemente en un humo azulado donde brillaban, semejantes á grandes estrellas, las cruces de las iglesias. En esta parte del horizonte, el río presentaba mucha animación. Barcos lo surcaban en

todas direcciones y su rumor confuso llegaba como un gran suspiro hasta las balsas y hasta las praderas que el movimiento blando del agua embargaba con ruidos, vagos é indecisos. Enormes barcazas en larga fila, subían en contra de la corriente y desgarraban como bestias monstruosas la superficie apacible del río.

Las chimeneas de los remolcadores vomitaban torrentes de humo negro, que se dispersaba lentamente en el aire fresco, lleno de la claridad deslumbradora del sol. Una sirena desgarraba el aire con su grito furioso de enorme bestia, exasperada por el esfuerzo. Sin embargo, al rededor de la balsa, en las praderas, reinaba silencio, una paz profunda. Algunos árboles inclinándose sobre el río se cubrían de verdes yerbas. La inundación hacia llegar al agua á sus copas, que se reflejaban en el agua y tomaban el aspecto de esferas ligeras, no esperando mas que un leve soplo de aire para ponerse á bogar, graciosas, en la sábana azogada del río...

La joven rubia miraba al horizonte soñadora y cantó con ritmo plañidero:

A lo largo del río Volga  
pasea un barco ligero...

La morena frunció el ceño, cerró á medias sus grandes ojos severos y dijo con desprecio:

—¡Bastante nos aburrimos sin eso!

—¡Déjala cantar! dijo Tomás, con bondad, incluíndose hacia su amiga.

Estaba pálida sus ojos brillaban y una sonrisa perezosa vagaba en sus labios.

—¡Cantemos en coro! propuso el señor de las patillas.

—¡No, mejor es que canten los dos! exclamó

Uchtitcheff, muy animado. Vera, declama esta canción; ¿sabes? «¡A la aurora, iré!»

—¿Cómo es? ¡Paulina, cántala, te lo suplico!

Paulina—era la que no cesaba un momento de reír—se volvió con deferencia hacia la morena y le preguntó:

—¿Se puede cantar, Sacha?

—Yo también cantaré... dijo la amiga de Tomás, y volviéndose hacia la mujer de perfil de pájaro:

—Vassa, canta conmigo, exclamó con tono de mando.

Vassa interrumpió instantaneamente su conversación con Ivantzeff, se pasó la mano por el cuello y fijó su mirada en la de su hermana. Esta se levantó, se apoyó contra la mesa y con la cabeza orgullosamente echada atrás, empezó con voz fuerte, casi masculina:

Dichoso es todo aquel  
que no conoce cuidados;  
ni amor se apodera de él...

Su hermana inclinó la cabeza y gimió, con voz de mezzo contralto, plañidera y lenta:

¡Y yo, pobre niña, yo siento!

Con los ojos brillantes, Sacha continuó más bajo:

¡que mi corazón es árido cual las piedras!

Las dos voces se mezclaron y se balancearon sobre el agua en una armonía bella y cautivante, donde vibraba todo un mundo de sentimientos. La una echaba el sufrimiento intolerable de un alma torturada, quejas amargas, sollozos impotentes y desesperados.

Como un veneno sutil, destilaba su tristeza y tra-

taba de ahogar en las lágrimas el fuego de sus tormentos. La otra más profunda y más varonil, respiraba odio: en un concierto de imprecaciones mortales, se elevaba importante y alterada de venganza...

Los versos de la canción se destacaban, uno á uno, lentamente y la voz volaba libre, sonora y llena. Temblona bajo la injuria exasperada por el ultraje, no se quejaba, clamaba sangre y cada palabra pedía venganza...

¡Yo te querré más que ella!...

cantaba plañidera Vassa, con los ojos cerrados.

¡Lo enloqueceré de amor!...

continuaba Sacha con violencia, lanzando al aire notas vigorosas y llenas, parecidas á golpes... Después, cambiando de pronto de ritmo, con voz más alta, lentamente como su hermana, profirió amenazas, vibrantes de alegría lasciva:

El también será más árido que el viento,  
más seco que la hierba guadañada,  
arrasada, y que la brisa va curtiendo...

De codos en la mesa, con la cabeza inclinada y las cejas fruncidas, Tomás contemplaba el rostro de la cantora y sus bellos ojos negros á medio cerrar. Ella dejó vagar á lo lejos su mirada donde brillaba un fuego sombrío y feroz, y diríase que la voz velada que salía de su pecho, se iluminaba al resplandor misterioso de sus ojos perdidos en vagos horizontes...

Tomás recordó sus caricias y pensó:  
«¿De dónde sale? Ella os hace temblar.»

Uchtitcheff, abrazado con su amiga escuchaba la canción, con rostro místico y radiante de placer.

El señor de las patillas é Ivantzeff bebían y cambiaban algunas palabras en voz baja, inclinándose mutuamente sus oídos. La mujer roja examinaba, pensativa, la palma de la mano de Uchtitcheff, que tenía entre las suyas y la joven, antes tan alegre, parecía entristecida; la cabeza baja, escuchaba la canción, sin hacer el más mínimo movimiento como si estuviese encantada. El campesino se aproximó abandonando su fuego. Andaba con precaución sobre las tablas, alzándose sobre las puntas de los pies, las manos atrás y todo su ancho rostro barbudo transfigurado por una sonrisa de goce extático.

¡Oh! ¡adivina, elegido de mi corazón!

suspiraba lánguidamente Vassa. Y su hermana irguiendo todo el busto, elevando aún su cabeza en un gesto soberbio, respondía con voz potente y triunfal por el verso final:

El dolor de mi amor despreciado.

La canción terminada, paseó á su alrededor una mirada altiva, y sentándose cerca de Tomás, le rodeó el cuello con su brazo, con gesto vigoroso y lento.

—¿Es bonita mi canción?

—¡Soberbia! suspiró Tomás con una sonrisa.

Aquella música le había emocionado. Su corazón vibraba de amor y aún palpitaba, lleno de melodía; sin embargo al movimiento acariciador de Sacha, delante de todos, se sintió embarazado.

—¡Bravo! ¡Bravo! ¡Alejandra Savieliewna! gritaba Uchtitcheff, mientras que los demás aplaudían.

Pero Sacha no prestaba ninguna atención y opri-

miendo á Tomás contra ella, le decía, con majestad:

—Es necesario hacerme un regalo bonito por esta canción...

—¡Bueno! lo tendrás, dijo Tomás.

—¿Qué?

—¿Qué quieres, tú?

—Te lo diré en la ciudad... Y si me concedes lo que te pida... ¡oh! ¡cómo voy á quererte!

—Será por el regalo... más valía que fuese desinteresadamente...

Ella le miró reposadamente, reflexionó un momento y replicó con seguridad:

—¡Desinteresadamente, es demasiado pronto!... Yo no sé mentir. ¿Para qué voy á engañarte? Te lo digo francamente, te amo por tu dinero, por tus presentes... pues aparte del dinero, los hombres no son nada. No pueden ofrecer nada más precioso que el dinero... nada que equivalga... Estoy convencida... Pero también se puede amar sin interés... Sí... ten paciencia, también podré amarte por nada... quizás... Por el momento es preciso no aborrecerme, tengo necesidad de mucho dinero, en mi oficio...

Tomás la escuchaba y temblaba al contacto de su cuerpo joven, firme y ligero.

La voz chillona, agria y mahumorada de Ivantzeff se hizo oír:

—No me gusta, no puedo comprender la belleza de este famoso canto ruso... ¿Qué tiene? ¡Aullidos de lobo hambriento, algo de salvaje! Ninguna alegría... ningún «chic»... Quejas de perro, es bestial... ningún sonido bello y vivificante... ¡Oh! si pudiéseis oír lo que canta y como canta el campesino francés, ¡ah!—ó bien el italiano...

—Dispensad, Ivan Nicolaevitch... exclamaba Uchtitcheff, indignado.

—Hay que convenir en que la canción rusa es

monótona y aburrida... le falta ese brillo de la civilización... decía con melancolía el señor de las patillas, bebiendo vino á pequeños sorbos.

—En desquite se encuentra siempre un corazón que sangra, observó la dama roja, mondando una naranja.

El día declinaba. Allá en el valle, el sol desaparecía en el horizonte tras una foresta lejana. Colocaban los árboles de un tinte rojizo y reflejaban en el agua negra manchas rosas y doradas. Tomás contemplaba este cuadro y admiraba el juego de los rayos de luz; seguía sus cambiantes indecisos en la superficie tranquila y desierta de las aguas, mientras que á su oído llegaban trozos de conversación, semejantes al vuelo de mariposas de noche. Con la cabeza apoyada en el hombro de su amante, Sacha murmuraba palabras que encendían su sangre joven, haciéndole enrojecer y apoderándose de él el deseo furioso de cogerla en sus brazos y besarla en plenos labios.

Ninguno de los circunstantes le interesaba, excepto ella... Ivantzeff y su amigo le disgustaban indudablemente.

—¿Qué tienes tú que ver aquí? resonó la voz de Uchtitcheff.

Uchtitcheff interpelaba al campesino. Éste se quitó la gorra y se golpeó en la rodilla. Respondió sonriendo:

—Me he aproximado para oír mejor á la señora.

—¿Canta bien?

—Eso no se pregunta siquiera, dijo el campesino, que fijó en Sacha su mirada llena de admiración.

—¡Eso es! exclamó Uchtitcheff.

—¡Ellas tienen una gran fuerza en el pecho! dijo el campesino moviendo la cabeza.

Sus palabras hicieron reír á las mujeres y pro-

vocaron frasecillas de doble sentido en los hombres.

Sacha escuchaba tranquilamente y sin dignarse responder, preguntó al campesino:

—¿Cantas tú?

—A nuestra manera.

—¿Qué canciones conoces?

—De todas clases... Me gusta cantar...

Sonrió con aire de hombre cogido en falta.

—Cantemos los dos.

—¿Cómo? Yo no soy vuestro igual.

—¡Vamos, da el tono!

—¿Puedo sentarme?

—Siéntate á la mesa... próxima...

—¡Qué cosa más divertida! exclamó Ivantzeff, con una mueca.

—Si se aburre V., arrójese al río, replicó Sacha con una mala mirada.

—¡Gracias está demasiado frío! respondió Ivantzeff, visiblemente incomodado.

—¡Cómo V. guste! dijo ella alzando los hombros. El instante es buenísimo: el agua abunda precisamente en este momento y no la echaría toda á perder con esa podredumbre de cuerpo...

—¡Bah! ¡qué broma de más mal gusto! gruñó el joven volviéndola la espalda.

Y dijo con desprecio:

—En Rusia, aun las *cocottes* son groseras...

Se dirigía á su vecino, pero no obtuvo por toda respuesta sino una sonrisa de bestia borracha. Uchtitcheff estaba igualmente borracho. Miraba á su amiga con ojos turbados, tartamudeaba palabras ininteligibles y no comprendía nada.

La mujer de cabeza de pájaro picoteaba bombones, metiendo la nariz en la caja. Paulina estaba en el lado opuesto de la balsa y arrojaba cortezas de naranja al agua.

—Nunca tomé parte en un paseo tan estúpido y

en semejante compañía, decía Ivantzeff á su vecino.

Tomás le miraba con gesto burlón; estaba encantado de que este buen hombre melindroso y feo se aburriese y que Sacha lo hubiese molestado. Contemplaba á su amiga con ternura y satisfacción. Se complacía en verla hablar á todos tan sencillamente y mostrar la misma altivez de una gran dama.

El campesino se había instalado á los pies de Sacha. Las manos puestas en las rodillas, la consideraba y la escuchaba religiosamente.

—Tú subes la voz cuando yo la baje... ¿comprendes?

—¡Comprendo... sólo que, señora, deberíais ofrecerme una copa para darme valor!

—¡Tomás, dale de beber!

Cuando el campesino hubo tragado un vaso de vino, hubo tosido y se hubo secado los labios, dijo:

—Ande, ya estoy dispuesto...

Entonces Sacha ordenó frunciendo el ceño.

—Empieza...

El campesino torció la boca, elevó los ojos hacia ella y entonó con voz de tenor:

¡Ay de mí! ya ni puedo beber, ni puedo tragar...

Sacudida por un temblor de la cabeza á los pies, la mujer sollozó y continuó con acento de tristeza aguda:

Es mi alma quien rechaza tu vino...

El campesino movió dulcemente la cabeza de derecha á izquierda; con los ojos medio cerrados, una sonrisa extática en los labios, lanzó toda una gama de notas altas.

¡Ay de mí! llegó la hora de todo abandonar...

Y la mujer lloró y gimió. Se retorció y respondió en un sollozo:

Abandonar á todos; este es el destino...

Y el campesino, en un tono más bajo, con un balanceo rítmico de todo el cuerpo, una fuerza de expresión extraordinaria, sorprendente de angustia, continuó:

Y á un país extraño debo marchar...

Cuando las dos voces, confundiendo sus lloros y sus gemidos, se elevaron en la paz y la frescura de la noche, todo pareció más bello y más dulce. Parecía que la naturaleza entera se hubiese impregnado de lástima y sonriese al dolor de aquel hombre que una fuerza fatal arrancaba del nido familiar para hacerle pasto de humillaciones y duras esclavitudes. No era ni la armonía del canto ni las palabras que vibraban en el aire, sino verdaderos sollozos, y aquellas lágrimas de un corazón humano, exasperado por el sufrimiento, caían sobre la tierra como un rocío misterioso y bienhechor.

Una angustia infinita, todos los dolores que puede ser capaz de soportar un sér humano en la lucha con las fuerzas implacables de la naturaleza, anonadado bajo el peso férreo de la necesidad, todo se encontraba en las palabras sencillas de la canción, en las notas infinitamente tristes que volaban al cielo, lejano é inmutable, sordo á toda emoción y que ningún eco llegará nunca á despertar.

Tomás se había alejado algo de los cantadores y los consideraba con un sentimiento vecino al terror. Su canción penetraba en su pecho como una lengua de fuego, y la desesperación sin límites de que estaba poseído le oprimía el corazón hasta el extremo de producirle un dolor físico. Los ojos se le lle-

naban de lágrimas, su garganta se contraía y una agitación nerviosa ponían en tensión los músculos de su rostro. Miraba los ojos negros de Sacha, inmóviles, animados de un brillo sombrío, y aquellos ojos desmesurados parecíanle agrandarse á cada momento. Le parecía también que no eran dos personas las que cantaban, sino que la naturaleza entera cantaba y sollozaba, vibraba y se retorció en los espasmos del dolor, lanzándose á ciegas hacia un fin desconocido, esparciendo lágrimas ardientes y que todo cuanto hay de vivo se había unido en un estrecho abrazo común de desesperación. Y él también cantaba en este coro lamentable, cantaba con la humanidad entera, con el agua del río, con los bosques lejanos, de donde llegaban suspiros lejanos mezclando su vago murmullo al eco de la canción.

Pero he aquí que el campesino se ha arrodillado delante de Sacha. La mira y levanta los brazos. Ella está inclinada hacia él y su cabeza se balancea con movimiento cadencioso. Los dos cantan ahora sin hablar, y Tomás no puede creer que de aquellos pechos salgan los sonidos potentes, hechos de gemidos, que llenan el éter...

Cuando hubieron concluido de cantar, los contempló, temblando de emoción, el rostro bañado en lágrimas, una sonrisa errante en los labios.

—¿Te ha emocionado eso? le preguntó Sacha.

Desfallecida, vacilante, estaba blanca y respiraba difícilmente. Tomás miró al campesino. Se secaba la frente y paseaba á su alrededor miradas inconscientes, como si no hubiese podido comprender lo que acababa de sucederle.

Alrededor de ellos todo era calma. La asistencia continuaba inmóvil y en silencio.

—¡Ah! ¡Dios mío! suspiró Tomás levantándose bruscamente. ¡Eh! ¡Sacha! Campesino, ¿quién eres? dijo con voz casi amenazadora.

—Soy Esteban, respondió el campesino, con una sonrisa forzada, levantándose al mismo tiempo; ya lo creo, soy Esteban.

—¡Qué bien cantas! ¡ah! exclamó Tomás con admiración.

—¡Eh! ¡Excelencia! suspiró el campesino.

Y añadió con tono convencido y muy quedo:

—La desgracia daría al buey una voz de ruiseñor... Pero ¿en qué consiste que esta señora canta así?... ¡Sólo Dios lo sabe!... Canta con todas sus fibras... de buena gana se estiraría uno y moriría de tristeza. ¡Ah! ¡Qué señora!

—¡Está muy bien cantado! resonó la voz aguardentosa de Uchtitcheff.

—¡No, que os lleve al diablo, esto es horrible! exclamó Ivantzeff, la voz ahogada por las lágrimas y levantándose bruscamente de la mesa. He venido aquí para divertirme, quiero distraerme y se me fuerza á escuchar canciones de cementerio. ¡Es inconcebible! No quiero más. Me voy.

—¡Juan! yo también me voy... Me aburro, declaró el señor de las patillas.

—¡Vassa! gritó Ivantzeff llamando á su amiga. Prepárate.

—Ya es hora de partir, dijo flemáticamente la mujer roja de Uchtitcheff. Hace fresco y la noche viene...

—Esteban, recógelo todo, ordenó Vassa.

Tomás se agitaba, se pusieron á conversar. Tomás les miraba perplejo y temblando aún. Las gentes iban y venían sobre las balsas, vacilantes, pálidas, cansadas; cambiaban frases, sin ilación, desnudas de sentido. Sacha los empujaba sin ceremonia, al ir recogiendo sus abrigos.

—¡Esteban! haz avanzar los coches...

—Yo... tomaría bien, aun, un poco de cognac... ¿Quién quiere tomar cognac conmigo? decía el se-

ñor de las pastillas, con voz aguardentosa, teniendo una botella entre las manos.

Vassa envolvía el cuello de Ivantzeff con una bufanda. El estaba de pie delante de ella, con semblante descontento, crispado y sus pantorrillas temblaban. Su vista inspiró repugnancia á Tomás, que se alejó y pasó á otra balsa. Estaba estupefacto viendo que la canción no había producido efecto en todas aquellas gentes... Vibraba en su alma y despertaba un deseo inquieto de moverse y de hablar. Pero no encontraba á quien dirigirse.

El sol se había puesto y una bruma azul ocultaba el horizonte. Tomás miró y dió media vuelta. No tenía el más mínimo deseo de entrar en la ciudad con aquellas gentes y menos de quedar en su compañía. Continuaban todos moviéndose en la balsa, arrastrando sus pasos indecisos y murmurando palabras incoherentes.

Las mujeres estaban menos borrachas que los hombres; sólo la roja no podía conseguir ponerse derecha; por fin se levantó y dijo:

—¡Dios mío! ¡qué borracha estoy!

Tomás se sentó en un madero, recogía el hacha que había servido al campesino para cortar leña y se puso á jugar distraídamente con ella.

—¡Dios! ¡qué insípido es todo esto! resonó la voz agría de Ivantzeff.

Tomás se apercibió en este momento, que le detestaba... á él y los demás á excepción de Sacha que le produjo una impresión extraña, en la que dominaba el temor de verla entregarse á algun acto extravagante y terrible.

—¡Bruto! gritó Ivantzeff con voz aguda.

Y Tomás le vió empujar al campesino, que se quitaba humildemente la gorra y se alejaba.

—¡Imbécil! continuó Ivantzeff al tiempo que, con la mano levantada, perseguía al pobre diablo.

Tomás de un salto, llegó á él y con la voz impregnada de amenazas:

—¡Eh, tu! ¡no le toques! exclamó.

—¿Cómo? gruñó Ivantzeff volviéndose á él.

—¡Esteban, ven aquí! dijo Tomás.

—¡Campesino! dijo Ivantzeff mirando de arriba á abajo con desprecio, á Tomás.

Este alzó los hombros y dió un paso hacia Ivantzeff. De repente una idea atravesó por su imaginación. Sonrió maliciosamente y preguntó, muy quedo, á Esteban:

—¿La balsa está amarrada por tres sitios?

—Por tres, seguramente.

—Corta las amarras...

—¿Y ellos?...

—¡Calla! corta...

—¡Perol!...

—Corta, te digo... y dulcemente, que no se aperciban.

El campesino armado del hacha se aproximó sin hacer ruido parte donde las dos balsas están sujetas una á otra, dió varios hachazos y se volvió hacia Tomás.

—Vuestra Gracia sabe que no soy responsable.

—No temas nada...

—¡Ya se precipitan! murmuró el campesino con terror, y se persignó á toda prisa.

Tomás miraba, reía muy bajo y experimentaba una sensación aguda mezcla de terror y de voluptuosidad.

Las personas de la balsa continuaban moviéndose con lentitud. Se atropellaban los unos á los otros; los hombres ayudaban á las mujeres á ponerse sus abrigos; todos charlaban y reían, en tanto que la balsa se deslizaba con hipocresía en el agua.

—Si se inclinan hacia la fila de las barcas, murmuraba el campesino, tropezarán en las cadenas y se destrozarán.

—Cállate...

—Se ahogarán seguramente.

—Tomarás una barca para pescarlos.

—¡A buena hora! ¡me gusta!... además, no está bien. Después de todo son hombres. Hay también que responder de ellos...

El campesino se dirigió apresuradamente hacia la orilla saltando de una en otra balsa.

Tomás seguía inmóvil y tenía deseos de gritar, decir algo á sus compañeros, pero otro deseo le retenía, el de verles alejarse primero. Temía que pudiesen saltar sobre las balsas amarradas. Al ver el ligero esquife balancearse lentamente sobre el agua y alejarse de él á cada momento, experimentaba un sentimiento delicioso.

Aquellas gentes llevaban consigo el peso que le oprimiera á todas horas. Aspiraba con delicia el aire fresco de la noche y su cabeza se despejaba de los vapores que la aturdián. En el borde de la balsa que se deslizaba, vuelta de espaldas, iba Sacha; miraba su graciosa cintura y pensaba involuntariamente en la Medinskaia. La otra era más menuda. Este recuerdo le entró como una flecha en el corazón y gritó con voz fuerte y burlona:

—¡Eh! ¡Vosotros! ¡Adiós! ¡ja, ja, ja!

Las siluetas oscuras se arremolinaron de repente y se volvieron con un movimiento uniforme.

Pere ya entre ella y Tomás un espacio de más de dos metros de agua brillaba con reflejo metálico. Varios segundos trascurrieron en un silencio de muerte.

Después, repentinamente, fué como una tempestad de sonidos, donde las voces se desgañitaban, llenas de un terror animal, de quejas horrorosas. Más fina y más temblorosa que las demás la voz de Ivantzeff se destacaba en este concierto desgarrando los oídos de Tomás.

—¡Socorro!...

Alguno, tal vez el señor de las pastillas, gritaba con voz de bajo:

—¡Que nos ahogamos!... hombres... aquí...

—¿Es que sólo hay hombres ahí? aulló Tomás con rabia, molesto por aquellos gritos que le hacían el efecto de mordeduras.

Los pasajeros de la balsa corrían en este momento de un lado á otro, enloquecidos de terror. Los movimientos que imprimían á la balsa aumentaba la velocidad; el agua rodeándola por todas partes chocaba contra las tablas. Los gritos desgarraban el aire; todos se arremolinaban, agitando sus brazos mientras que sola la silueta de Sacha permanecía inmóvil y en silencio.

—¡Saludad en mi nombre á los cangrejos! les gritaba Tomás.

Se sentía cada vez más alegre y su corazón estaba más ligero á medida que la balsa se alejaba más y más.

—¡Tomás Ignatitch! gritó Uchtitcheff, con voz insegura, pero donde toda traza de borrachera había desaparecido, tened cuidado; este es un juego peligroso, daré queja...

—¿Cuando estés ahogado? Quéjate, replicó Tomás sin prestar atención.

—¡Eres un asesino! gimió Ivantzeff en un sollozo.

Pero en este momento un remolino de agua chocó con ruido sonoro, semejante á un grito de sorpresa y de espanto. Tomás tembló y se detuvo petrificado. Las mujeres exhalaban gritos salvajes y los hombres, enloquecidos, exclamaciones llenas de terror. Todas las siluetas de la balsa se inmovizaron. Tomás, también con la mirada fija en el agua, se sentía incapaz de hacer un movimiento. En una embestida de pequeñas ondas avanzaba á nado un bulto negro...

Instintivamente, más que por un movimiento me-

ditado, Tomás se echó á la larga sobre el suelo de la balsa y extendió los dos brazos, avanzando la cabeza por encima del agua. Algunos segundos pasaron que le parecieron horriblemente largos. Dos brazos helados y mojados se enlazaron al rededor de su cuello y entrevió el brillo de dos ojos negros... Entonces comprendió que era Sacha...

Al terror ciego que le había invadido, sucedió una alegría desbordante. Cogió á Sacha por la cintura, la arrancó así de la muerte y estrechándola contra sí, se puso á mirarla en los ojos, entontecido, sin encontrar una frase. Ella le sonreía con amor... Al cabo de un instante, experimentó una sacudida y dijo dulcemente:

—¡Tengo friol!...

Al oír su voz, Tomás tuvo una risa alegre. La levantó con facilidad y se precipitó á lo largo de la balsa en dirección de la orilla. Ella estaba completamente calada y fría como un pescado, pero su aliento era cálido; quemaba la mejilla de Tomás y le embargaba el corazón de una alegría enloquecedora.

—¿Querías ahogarme? decía ella estrechándose contra él. Aun no es hora.. espera...

—¡Qué bien has hecho! balbuceaba Tomás, corriendo. ¡Bravo!

—¡Pues bien! Y tu tampoco has imaginado mala cosa... á pesar de que tu semblante sea tan tranquilo...

—¿Y los demás? ¿Siguen aullando? ¡ja, ja, ja!

—¡Que el diablo los lleve!... Si se ahogan, iremos á Siberia, replicó Sacha, como si aquellas palabras hubiesen debido consolarle y darle bríos.

Se estremeció, y este estremecimiento de todo su cuerpo, transmitiéndose á Tomás, le hizo correr aun más de prisa.

El río les enviaba el eco de los gritos, de las que-

jas, de las plegarias. Allá abajo, en la obscuridad, el agua indiferente llevaba hacia el centro de la corriente y alejaba de la orilla un islote sobre el cual formas humanas se agitaban desesperadamente.

La noche las envolvía...

IX

Un domingo, por la tarde, Maiakín estaba en su jardín y tomaba el té conversando con su hija. Sentado á la sombra de un cerezo, desabrochado el cuello de la camisa y con una toalla liada alrededor del cuello, gesticulaba y charlaba sin cesar.

—¡El que se hace esclavo de su vientre es un imbécil y un miserable! ¿Es acaso que la vida no nos ofrece otra cosa mejor que comer y beber? ¿Y de que podrías vanagloriarte si no eres algo más que un cerdo?

El viejo tenía los ojos brillantes de cólera y de emoción, sus labios se plegaban desdeñosamente y las arrugas de su rostro atezado se hacían más numerosas.

—Sí Tomás fuese mi hijo, desde chiquito le hubiera corregido.

Liubov escuchaba en silencio, jugando con una rama de acacia y la mirada fija con respeto en el rostro de su padre. A medida que avanzaba en edad, cambiaba insensiblemente sus maneras retraídas y desconfiadas con respecto al viejo. Encontraba en las palabras de su padre las ideas contenidas en sus libros, y esto la seducía, haciéndola preferir su conversación llena de imágenes á las frías doctrinas impresas.

Siempre negociando, siempre despierto é inteligente, seguía solo su ruta. Ella comprendía su soledad, sabía por experiencia cuán penosa era esta y sus modales se suavizaban en consecuencia. A ve-

ces discutía con él recibiendo contestaciones acerbadas é irónicas, pero, á pesar de ello, cada vez con un poco mayor abandono.

—¡Si el difunto Ignat hubiese leído este artículo del periódico, donde vienen las locuras de su hijo!... ¡le habría dado una paliza á Tomás! decía Maiakín dando un puñetazo formidable sobre la mesa. ¡Se le ha dado un repaso! ¡Qué vergüenza!

—No ha robado dijo Liuba.

—¡Yo no digo que esto sea injusto! Le han reventado con mano maestra... Quisiera saber quién ha escrito este artículo.

—¿Y qué puede importaros eso? preguntó la joven.

—¡Oh! por curiosidad... Este animal se ha burlado lindamente de la conducta de Tomás... Se adivina fácilmente que era de la fiesta y que ha asistido á todas sus locuras...

—¡Pse! ¡no querrá comprometerse con Tomás! declaró la joven.

Y en aquel momento enrojeció bajo la mirada escrutadora del padre.

—¡Ja, ja! Tienes lindas relaciones, Liovba, exclamó Maikín con tono mordaz de ironía. ¿Vamos á ver, quién lo ha escrito?

—¿Para qué quiere saberlo, papá?

—¡Dilo!

Hubiera preferido callarse, pero como su padre insistiese y su voz tomase un acento duro é iracundo, ella preguntó inquieta:

—¿No le hará nada?

—¿Yo?... ¡yo le... marcaría la cabeza! ¡Tonta! ¿Qué puedo hacerle? Estos escritores no son tontos tampoco y además tienen una fuerza... ¡una fuerza de los diablos! No soy el gobernador y tampoco el gobernador puede hacer cortar la mano ni arrancar la lengua... Son como los ratones, nos roen suavemente y para envenenarles es necesario servirse